

Hemos prevenido ya á nuestros lectores, que los soberanos cuyo principado se hallaba legitimado por una larga sucesión de ascendientes en el mismo trono, ó por el unánime y libre consentimiento de los pueblos hallaban también en este tratado varias reglas de prudencia que aun se concilian con la más íntegra probidad, y que ellos no deben dejar de seguir si no quieren correr el peligro de ser destronados. Es menester hacer también esta justicia á Maquiavelo, que son éstas las que él explana con mayor complacencia, como podrá notarse en la continuación de su obra, y especialmente en sus capítulos XIX y XX, en que demuestra á los príncipes la necesidad de conciliarse el amor de sus súbditos.

§ V

Inducciones honrosas para Maquiavelo, sacadas de las diversas épocas en que el Libro del Príncipe tuvo detractores y apologistas, como también de la calidad bien diferente de los sujetos que le desacreditaron y de los que hicieron su elogio.

Bastaría meditar bien el conjunto de las lecciones que Maquiavelo dió á todos los príncipes de cualquiera especie, en la persona de Lorenzo de Médicis, para sospechar que los de nuestro siglo no pudieron ser disuadidos de leerlas mas que por facciosos, á quienes importaba ocultarles los verdaderos

medios de precaverse contra toda maquinación antimonárquica. Pero esta sospecha se convierte en certeza, cuando se examinan individualmente las diferentes épocas en que el *Libro del Príncipe* fué desacreditado, y aquellas en que le elogiaron pomposamente, como también cuando se estudian á fondo los sujetos que le desacreditaron y los que se declararon por apologistas suyos.

No nos detendremos en los escritores eclesiásticos de la corte romana, que impugnaron las obras de Maquiavelo, porque todos ellos tuvieron motivos particulares, y aun personales que ya hemos dado á entender en parte. El primero fué aquel Cardenal Raimundo Polo, cuya familia se había perseguido y pregonado además su cabeza, por el Rey de Inglaterra Enrique VIII; pero acusó simplemente á nuestro autor de haber favorecido mucho con sus escritos la política de este Monarca (30). Habíéndose conocido en Roma esta acusación referida suscintamente en aquella *apología* de su tratado de *la Unidad de la Iglesia*, que él dirigió al intrépido Carlos V, exhortándole á volver sus armas contra

(30) Se hizo en el año de 1744, en Brescia, una nueva edición suya con este título: *Apologia ad Carolum V Cæsarem, super librum de unitate ecclesie. [Brixie]*. En el *Apéndice histórico* que seguirá á este discurso, se verá á qué se reducían los cargos que el Cardenal Polo hacía á Maquiavelo.

el Monarca inglés, estimuló allí naturalmente contra Maquiavelo el celo del activo inquisidor Ambrosio Catherin Lancelot Politi, de que llevamos hecha ya mención. Nos hemos dispensado, por motivos semejantes con corta diferencia, de ventilar el valor de los tiros por otra parte sumamente débiles y aun ridículos, que muchos jesuitas dirigieron después contra la memoria de este insigne estadista. En aquel año mismo en que Clemente VIII enviaba, á su legado en Francia, una bula, mandando que los católicos franceses desecharan á Enrique IV, y procedieran á la elección de otro Rey, es á saber en el de 1592, el primero de estos agresores jesuitas, el P. Possevin, aun sin haber leído el *Libro del Príncipe*, se desenfrenó contra él. Le imitaron en el año de 1597, sus hermanos Luchesini y Rivadeneyra, y algunos años después los PP. Raynaud, Binet y otros que residían en Babiera (31). No consistiendo apenas las pretensas refutaciones de estos religiosos mas que en injurias, no son más dignas de consideración que aquella con que el Prelado portugués Osorio se había adelantado á la diatriba del P. Possevin, y la que Bozio, padre del Oratorio, hizo después, confesando, sin embargo, que él no

(31) Véase el *Apéndice histórico*.

había escrito contra Maquiavelo mas que para obedecer á la corte romana (32).

Echando á un lado estas débiles escaramuzas de su tropa ligera, para dedicarnos á los únicos detractores filósofos que hacen ahora la mayor impresión en los espíritus, vemos que todos ellos fueron declarados enemigos de la autoridad monárquica, y que sus críticas del *Príncipe* de Maquiavelo no eran mas que unas justificaciones de la rebelión fomentada por ellos mismos contra el trono de nuestros reyes.

El primero de esta clase de detractores se presentó en el tercer año del turbulento reinado de Enrique III, el de 1576, cuando los calvinistas daban otra vez principio á las guerras contra su autoridad; y que el Duque de Alenzon, al que el Rey acababa de perdonar una conjuración contra su persona, se ponía al frente de los rebeldes. Fué el calvinista delfines Inocencio Gentillet, que cómplice de la sublevación de los Hugonotes de su provincia, iba á refugiarse al mismo tiempo en Ginebra bajo los auspicios de Calvino. El *Discurso* que él publicó contra Maquiavelo, está precedido de un aviso al Duque de Alenzon, al cual confesaba con pesar que el

(32) Ibid.

Monarca sacaba sumos beneficios de este autor para embarazar su rebelión.

La segunda impugnación se hizo con el mismo motivo y en el mismo sentido, tres años después, el de 1579, por otro enemigo del trono, tráfugo también de una especie semejante; cuya impugnación se halla en la famosa declaración de guerra, que él publicó en Alemania conrra el trono, con el título de *Vindicia contra tyrannos*, con el nombre pseudónimo de *Stephanus Junius Brutus Celta*. El haber nombrado esta horrenda obra, es casi haber vengado ya la doctrina de Maquiavelo, que él tiraba á hacer execrable.

Fué respetada en los reinados de Enrique IV; Luis XIII y Luis XIV, en que Villeroi, Richelieu y Mazarín sacaron de ella tan útiles lecciones para la seguridad del trono y la prosperidad de la Francia. Pero en la aurora de la infausta filosofía del Siglo XVIII, en el año de 1720, vino á dar Bayle la señal de una nueva guerra contra Maquiavelo, recogiendo, en su diccionario, todas las antiguas calumnias de los jesuitas contra él, y añadiéndoles cuantas le fué posible inventar (33). Yendo acorde en su odio contra los tronos la filosofía del ateísmo, que fué la de nuestra edad, con el calvinismo, al

(33) Véase el *Apéndice histórico*.

que ella miraba como la filosofía del Siglo XVI, no podía menos de condenar á nuestro autor á la execración. Voltaire, que para hacerse oráculo suyo, se formaba entre los ingleses en la escuela antimonárquica de Milton, Collins y Pope, publicó allí bien pronto [en el año de 1740] aquel *Anti-Maquiavelo*, que él hacía mirar como la obra de un Rey; y la facción filosófica triunfaba presentando, en su bando, á un Monarca el cual mismo declamaba contra todos los preservativos de los tronos. Adelantándose, sin embargo, este mismo Rey en su sobresaliente carrera, adquiría el nombre de *grande*, cabalmente siguiendo la misma política y sistemas que le suponían impugnar con su pluma. Desdenándose este Soberano de confundir semejante error de otro modo que con su gloriosa conducta, hizo bastante para acabar de desengañar de él al público, y aun para dar lustre á Maquiavelo, probando que aquella obra era ajena de sus producciones literarias, cuando permitió que se imprimiera su colección en vida suya. Los editores de la nueva colección, que de ellas se publicó después de su muerte, dieron el mismo desaire á Voltaire. Sin embargo, aquel *Anti-Maquiavelo*, todavía favorecido con la misma ilusión, tenía siempre el efecto que la facción se había prometido; y adelantó más que lo que se discurre los negocios de aquellos filósofos regenera-

dores, por quienes se denunciaban ya los soberanos á los pueblos como unos tiranos cuyo yugo era necesario sacudir, ó cuya potestad convenía atar.

No merece la pena de acusar aquí á los abecedarios históricos, que multiplicándose en la época de nuestra revolución, presentaron á tantos compiladores la ocasión de amontonar, con sumo contento de los facciosos, cuantas calumnias se leían en otras partes sobre Maquiavelo; y nos basta con haber demostrado que los motivos, bien reconocidos de sus detractores principales que los otros no hicieron mas que copiar, se convierten en gloria de su doctrina, sin que ésta haya podido recibir la más mínima ofensa con sus frívolos racionios. ¿Qué será cuando demostremos en seguida que este famoso estadista, que de una parte, no tuvo mas que á enemigos sospechosos, fué defendido victoriosamente, de otra, por verdaderos sabios, amantes del orden social; y que lo fué precisamente en un tiempo en que fuertes conmociones populares hacían desear que la autoridad monárquica supiera apagar el espíritu de rebelión, afirmar el trono, y establecer perfectamente la calma en la sociedad?

Los más célebres apologistas del *Libro del Príncipe* fueron, en el año de 1508, Alberico Gentil (34);

(34) Catedrático de Derecho en Lóndres: en su tratado de *Legationibus*.

en el de 1640, Gaspar Sciopio, del que los jesuitas dijeron también mucho mal (35), y en el de 1650, el Corringio [36]. Pero la tremenda conjuración de las pólvoras, en Inglaterra, acababa de poner allí en peligro al muy confiado hijo de la desafortunada María Stuart [37]; los protestantes de Austria ligados con los de Hungría, se sublevaron contra el Rey Matías; Sigismondo acababa de ser despojado de la corona de Suecia por Carlos de Sudermania; y perdonando todavía el muy clemente Enrique IV á varios famosos conspiradores, dejaba tomar alientos

[35] Véase su *Machiavelicorum operæ pretium*, de que Apóstolo Zenón, que le había leído en manuscrito, hizo un tan gran elogio en sus anotaciones á las obras de Fontanini, tomo I, pág. 207. Vengando el Cardenal Berlamino á este autor contra el odio de los jesuitas, alaba en él *Peritiam scripturarum sacrarum, zelum conversionis hæreticorum, libertatem in thvano [de Thou, historia] reprehendendo sapientiam in rege anglicano exagitando, etc., etc.*

[36] En el prólogo de la traducción latina del *Libro del Príncipe*.

[37] Habiendo sido acogido este Monarca, que reinaba en Escocia antes de venir á reinar en Lóndres, con extraordinarias aclamaciones en esta ciudad, un buen escocés, que la presenciaba, no pudo menos de exclamar con inquietud: «¡Ah! ¡Justos cielos! estos necios van á echar á perder á nuestro buen Rey.» Lo que le hacía más necesaria la lectura de Maquiavelo, era la extrema bondad de su genio. Hombre por otra parte instruidísimo en las materias ajenas del arte de gobernar, y fecundo en amables réplicas, se dejaba gobernar sin atender al mérito ni á la verdad.

á la mano, que, de allí á dos años, iba á darle de puñaladas, cuando Alberico Gentil creyó deber componer, para la salud de los monarcas y la paz de la Europa, su *apología del Príncipe* de Maquiavelo. Richelieu acababa de quitar á los calvinistas su postrer antemural [la Rochela], y de impedir que viniera al socorro suyo la Inglaterra, promoviendo disturbios intestinos en ella, con las sublevaciones que él estimulaba en la Cataluña y Portugal; deterraba de la Francia los horrendos resultados de la guerra que le hacía por todos lados la España, afirmaba, con ruidosos actos de severidad, el trono de su Rey; y se había hecho, por su vasta política en los intereses de su país, el motor invisible de todos los gabinetes de la Europa, cuando Sciopio ensalzó el *Libro del Príncipe*, que le parecía haber dictado operaciones tan necesarias como ellas eran grandes y sublimes. Ultimamente, luego que el Corringio tuvo por urgente restaurar el honor de las lecciones de firmeza y prudencia, que Maquiavelo había dejado para los príncipes vacilantes, ó nuevamente entrados en la soberanía de sus mayores, igualmente que para los nuevos príncipes, Mazarín, á quien él no hubiera desconocido más por discípulo que por compatriota suyo [38], justificaba su doctrina

[38] La Italia, que fué, para lo restante de la Europa,

por el modo eficaz con que él consolidaba la potestad de Luis XIV, y daba principio al gran reinado; Monck en Inglaterra, practicaba con fruto, para la próxima rehabilitación del honor de su Patria, las maniobras indicadas por nuestro autor; la monarquía se restablecía allí, y hecho volver Carlos II á su Capital, subía al trono de su desgraciado antecesor..... Estas son las circunstancias en que es menester, más que nunca, leer á Maquiavelo, y en que puede conocerse más el valor de sus consejos.

Podríamos hacer otros cotejos semejantes entre los demás defensores suyos y los tiempos en que vivían; pero abandonando estas comparaciones á la inteligencia de nuestros lectores, nos ceñiremos á observar, que todos los otros apologistas suyos fue-

la señora de las ciencias en el Siglo XVI, fué también la cuna y escuela de los mayores estadistas que se vieron entonces, aun en otras partes. Todos se enlazan, por su origen ó estudios, con la Patria de Maquiavelo. Allí había bebido el Cardenal Jiménez los primeros elementos del arte de gobernar á los hombres. En Roma escribió el Cardenal d'Ossat las más de aquellas cartas que se miran como obras maestras de la ciencia política. Richelieu, nacido en Francia, no manifestó talento ninguno sobre esta materia mas que á su regreso de Italia. No tenemos precisión de traer á la memoria que el famoso Alberoni era italiano. Sciopio se había formado político en la ciudad misma de Roma; é igual instrucción había adquirido en Italia aquel Canónigo Gabriel Naudé, en cuya ciencia tenía el Cardenal Mazarín tanta confianza.

ron hombres que pasaban por profundamente instruidos en la ciencia política, y por buenos patriotas. Tales fueron: 19, en el año de 1683, Amelot de la Houssaie, que había residido por mucho tiempo en Venecia como Secretario del hábil Embajador de Francia, el Presidente de Saint-André (39); 20, en el de 1731, el docto Federico Cristio, Catedrático de Derecho en Leipsick, en una obra compuesta *ex profeso*, y en que defendió victoriosamente á Maquiavelo (40); 30, en el de 1779, el Abate Galiani, de Nápoles, al que sus relaciones con los filósofos reformadores de Francia habían puesto en la confianza de sus designios (41); 40, finalmente, casi en vísperas de nuestra revolución vaticinada ya, el juicioso autor del elogio de Maquiavelo, que se halla á la cabeza de la edición de sus obras, publicada en Florencia el año de 1782 (42).

[39] Véase el prólogo de su traducción del *Libro del Príncipe*.

[40] Publicado en Leipsick, el mismo año.

(41) Discurso compuesto para ponerle á la cabeza de una nueva edición italiana de Maquiavelo, y publicada en Nápoles el año de 1779.

(42) Si no hubiéramos creído deber ceñirnos á las apologías que forman otras tantas obras particulares, pudiéramos prevalecernos también de los honoríficos votos que dieron á Maquiavelo otros muchos literatos eminentes en ciencia, tales como Mateo Toscan, Justo Lipsio, Bayle

§ VI

Si es verdad que Maquiavelo haya desdeñado la religión; que la haya desterrado de sus sistemas políticos, y, finalmente, que haya tenido jamás las ideas de un ateaista.

El último hecho con que, en la acusación de irreligión contra Maquiavelo, se llega al más alto grado á que pudiera llegarse, nos da motivo para recordar á nuestros lectores que ya han visto en los precedentes con qué industriosa perfidia la malignidad les había añadido cuanto era propio para agravarlos. Llevada aquí la precaución hasta el exceso, no servirá más que para quitar el velo enteramente al odio y perversidad de los enemigos de Maquiavelo. Temiendo que una ordinaria acusación de irreligión, disuadiera harto eficazmente de la lectura de sus obras, en que se hubiera descubierto toda la abominación de sus calumnias, quisieron hacerlas irrevocablemente repugnantes, uniendo á su nombre el extremo horror que el ateísmo infunde á todos.

Bayle, en cuyo diccionario bebieron todos nuestros modernos biógrafos esta impostura, es el primero que la haya acreditado; y no la acreditó más que en cuanto ella convenía al sistema ateaista de su

mismo, Francisco Bacón, Contelman y Monseñor Bottari, uno de los más doctos prelados de la corte de Benedicto XIV.